

## Esquina

Harrelson  
o SWAT

Los telefilmes de acción policiaca se tecnicizan. El último ejemplo: de lo que los Estados Unidos (cuna y saber del género «negro») acaban de inventarse lo estamos viendo en nuestra TV, nada remisa a la hora de la violencia y partidaria como quien dice del dedo en el gatillo. «Los Hombres de Harrelson» es una serie aburridísima y tecnicizada de lo que podría haber sido «el sheriff y sus ayudantes». Lo que pasa es que el sheriff viaja ahora en un absurdo camión blindado y que los policías que le acompañan tienen ya más de robots que de seres humanos. Ya no se trata, como en la novela policiaca tradicional, de un asesino que disimula sus huellas y trae de cabeza a su detective, que no da para pipa y lupa. En un mismo episodio de «Harrelson» podemos ver que la violencia anda desperdigada y actúa casi colectivamente. Los pobres policías enfundados en unos incómodos chalecos antibalas no paran durante su presencia en las pantallas de acudir de un lado para otro. Raptos, asesinatos, rehenes, perturbados sociales y hasta peligrosos terroristas políticos reclaman su atención. El lenguaje de la violencia está muy claro. Ya ni siquiera es sutil. Los integrantes del grupo policiaco-militar no investigan. La policía (la de **Los patrulleros**) se lo da todo hecho. Se trata únicamente de rescatar rehenes, de aplicar técnicas militares de guerrilla urbana para acabar con los focos de violencia declarada. Los delincuentes armados son una amenaza pública que requiere una sofisticada represión. Los hombres de SWAT (Special Weapons and Tactics, **Tácticas y Armas Especiales**) están especialmente entrenados contra tal delincuencia armada. Ya no se trata del tradicional género de policías y ladrones, sino del de un grupo violento y armado (mal) contra otro grupo violento y armado (bueno).

Los hombres de la patrulla lo sacrifican todo (vida íntima, personalidad, individualidad) a este combate, del que salen siempre vencedores. Al jefe de SWAT le operan a su hijo mientras él convence a tiros a unos delincuentes que disponen de rehenes. Los hombres de SWAT no tienen el más mínimo sentido del humor. La concepción del mundo que traducen es la de pérdidas grupos humanos en perpetua lucha violenta. El arbitraje llega a través de la tecnología. El «manual del policía guerrillero» no puede faltar; se desprende del conjunto, así como una gélida concepción del ser humano. En un análisis de la serie de Fernando González (Triunfo, 2 de abril) se la calificaba de tecnológica y fascista. Pero el término fascismo connota peculiaridades que no representan lo que vemos en la pantalla. En el fascismo hay violencia, pero hay pasión y existe una determinada concepción del mundo, por muy jerarquizado que éste sea. «Los hombres de Harrelson» son totalitarios, disciplinados, fríos. Constituyen una maquinaria capaz de aplastar cualquier personalismo. Parecen más próximos a las SS hitlerianas. Pero su «americanismo» nacionalista, su anticomunismo, claramente reflejado, su posición acrítica, configura una política de «tecnología conservadora». No toda violencia es fascista, aunque en el fascismo haya violencia. «Los hombres de Harrelson» ni siquiera merecen ser calificados de fascistas. Son los «robots» al servicio del altavoz que transmite las órdenes. Uno debe reírse de «Los hombres de Harrelson» o analizarlos con una infinita tristeza. Hasta aquí se puede llegar.

Joaquín Marco

## Teoría y programas

La alternativa democrática  
de Antonio García Trevijano

«Por encima de las batallas que he librado, y de la imagen que ellas han producido en una sociedad opaca a la información, este libro pretende iniciar una reflexión y un diálogo activo, de carácter colectivo, con todos aquellos elementos sociales que, no habiendo perdido la fe en la libertad y en la humanidad, miran con preocupada inquietud al porvenir. La meta de la democracia empequeñece en mí ánimo, y espero que en el del lector, cualquier tipo de consideración partidista que su lectura pueda sugerir.»

Con este propósito inicial, Antonio García Trevijano acaba de publicar un libro bajo el título de «La alternativa democrática», en el que no sólo se limita a presentar un auténtico programa político para el futuro que se abre en la España posfranquista, sino que intenta profundizar en las bases de la doctrina política que fundamenta su alternativa.

El que fuera uno de los fundadores de la Junta Democrática parte de un análisis de la realidad en la que se refleja como España no sólo atraviesa una crisis política, sino que se encuentra bajo los efectos de un grave problema de identidad que se podría desglosar a nivel lógico, en una crisis de conciencia y una crisis de Estado.

Antes de desglosar y concretar su alternativa, García Trevijano profundiza en la propia naturaleza del Estado, aplicando luego el mismo método para de una forma específica desmenuzar lo que ha sido el Estado franquista. Esto lleva a concluir en la necesidad de una ruptura en contraposición a la reforma que «como el crédito bancario, concede libertad a quien materialmente la tiene y la niega formalmente a quien la necesita» de forma que «si bien desde el punto de vista de la libertad formal, el reformismo supone un progreso, desde el punto de vista de la igualdad formal supone un retroceso».

Pasando del terreno dialéctico al de la praxis política García Trevijano propone un auténtico plan de actuación en cuanto al papel que deben jugar las grandes fuerzas que conforman el Estado moderno —Constitu-



Antonio García Trevijano

ción. Gobierno, orden público, división de poderes, Fuerzas Armadas — desde la perspectiva que le dan sus años de lucha unitaria tanto en la Junta Democrática como en Coordinación Democrática. Merece especial atención en este punto el profundo estudio que efectúa el autor del papel ético y político que pueden jugar y han jugado los demócratas in-

dependientes en aquellas situaciones en las que el Estado autoritario ha coartado el papel de las grandes formaciones políticas. Desde la perspectiva ética, el papel de estos demócratas independientes es contrastado con el de los partidos políticos que «algunas veces llegan a hacer un doble o un triple juego». Para estos últimos, García Trevijano propone tres condiciones a modo de premisas, que les permitan realizar la función que tienen asignada en el Estado moderno: en primer lugar, que en la vida interna del partido se observen los principios de conducta moral que se desean convertir en obligaciones del Estado o en hábitos de la sociedad. En segundo lugar que en la praxis del partido, el principio moral de la coherencia excluye la justificación de los medios por el fin, y por último, que las virtudes tradicionales de la ciudadanía adquieran al partido una significación transindividual y cultural que las fundamenta.

En resumen se trata de un libro que responde a través de un proceso coherente a las preguntas que se pueden formular de cara a un proceso democrático, en cualquier Estado que surge de una dictadura. En este sentido, cabe esperar del autor una mayor explicitación de los principios de doctrina política en los que fundamenta su alternativa cuando aparezca el libro cuya preparación se anuncia en el preámbulo de la obra que comentamos.

Para Catalunya, tiene un especial interés el análisis que hace García Trevijano del Estado descentralizado, de la forma federal y de los modelos de desarrollo regional en los que se contrastan las distintas alternativas con los intereses de clase. — MA- NUEL ROCA

(1) Antonio García Trevijano, *La Alternativa Democrática*. Ed. Grijalbo.

## Breve

**FILOSOFOS: ¿Se puede enseñar filosofía?** El miércoles finalizó el XIV Congreso de Filósofos jóvenes que se ha celebrado en Barcelona. El encuentro ha reunido a unos 300 filósofos en torno al tema de «La enseñanza de la filosofía». El arranque de la reunión partió el domingo de una mesa redonda en la que participaron Emilio Lladó, Manuel Sacristán, Fernando Savater, Agustín García Calvo, Jacobo Muñoz, Pep Casanoglia, Carlos Paris y G. Bueno. Jacobo Muñoz y Fernando Savater dieron conjuntamente un seminario sobre el tema. Tuvo especial interés esta doble y dispar visión de la enseñanza de la filosofía dadas las distintas posturas de los ponentes: el «irracionalismo» de Savater y el marxismo de Muñoz, si admitimos una sintética y esquemática definición de las mismas. Agustín García Calvo abordó lo que, según el programa, estaba anunciado como «El tiempo del discurso». Asimismo destacable fué la intervención de un «cerebro semirecuperado», Josep Maria Ripalda, ex profesor de la Universidad de Berlín Occidental y que actualmente está trabajando en la traducción que prepara Grijalbo de las obras completas de Carlos Marx, sobre «La enseñanza de la filosofía en Alemania y la revolución de los estudiantes en los años sesenta».

Sobre el radicalismo  
estudiantil

Añadamos que Ripalda es un importante especialista en Hegel que no ha encontrado todavía su lugar en la enseñanza en este país mientras en Holanda se publican libros suyos. Por último Rafael Argullol trató acerca del radicalismo estudiantil y de la reciente revuelta de los estudiantes italianos. A destacar, este año no se reprodujeron las polémicas ocasionadas a lo largo del pasado congreso celebrado el pasado año en Cádiz en torno a dos posturas bastante definidas: no es que los marxistas dieran la mano a los partidarios del irracionalismo, pero las discusiones transcurrieron casi plácidamente.

## Ensayo

Nuestro  
Ejército,  
en Historia

Del tocado de húsar a la gorra de plato proletarizada, el Ejército español de los siglos XIX y primer tercio del XX ha constituido un fenómeno casi tan desconocido como el que le ha sucedido después. Desconocido para el gran público, a pesar de que la «mil» incorporaba año tras año a todos los mozos de remplazo en servicio obligatorio. ¿Cuál es su verdad? ¿Cuál ha sido su verdad política? Este libro (1), da pistas pero me parece que adelanta en demasía las conclusiones.

«Ha sido pretoriano», dice Stanley G. Payne, gran hispanófilo, pero a fin de cuentas perteneciente al mundo anglosajón. El distanciamiento del historiador cara a las nuevas generaciones ha funcionado, pero «los más viejos del lugar» no se reconocen totalmente en el contexto que les sitúa. Luego, algo falla. Este algo podría ser el no haber vivido «in situ», el Ejército «de alpargata» del «Desastre de Annual», del «Barranco del Lobo» o simplemente del general Prim. A Payne se le escapa la connotación «situacionista» de nuestro Ejército en el período que analiza —de 1808 a 1936—. Le falla el metere dentro y explicar que el brigadier de la guerra de la Independencia contra los franceses andaba más preocupado por si su traje lucía «como está mandado», ante la posadera de Despeñaperros para abajo, en vez de preocuparse por la ilustración de más allá de los Pirineos.

Y es que como han comentado profesionales que han estudiado este libro le falta idiosincrasia, aquellos factores psicológicos que redondean la historia.

Con todo, los que conocemos la obra de Payne desde la criptolectura de Ruedo Ibérico de antes de la reforma, es decir, la importante obra de quienes nos han explicado la historia



Primo de Rivera

que el franquismo nos ha vedado, reconocemos su valor intrínseco, su contribución documental a la reposición de los perfiles, su lograda fijación.

Mientras, los británicos andaban preocupados por el comportamiento de sus antiguos ejércitos coloniales en las nuevas repúblicas independientes del Tercer Mundo o mientras, la OTAN se preocupaba más de conseguir un material ultramoderno, en vez del «parte de diana».

Payne nos dice que el Ejército español se ha mostrado como pretoriano incluso en su concepción del liberalismo. Y es verdad. Ha sido siempre un Ejército que ha tendido al intervencionismo. Ha levantado bandera de modernidad con el general Prim, y la bandera contraria con el general Primo. Ha estado siempre ahí, porque de alguna manera las respectivas fuerzas políticas no han estado a la altura de los acontecimientos y han prestado más atención a los «poderes fácticos» que a la movilización de masas. El pretoriano que define acertadamente Payne tiene un doble filo. Debemos esperar a que él mismo, o cualquiera que desde fuera o desde dentro aporte una interpretación seria, continúe cronológicamente esta obra. Que nos expliquen más allá del 36. — CARLES S. COSTA

(1) — «Ejército y sociedad en la España liberal» (1808-1936) Stanley G. Payne. Prólogo de Ramón Salas Larrazábal. Akal Editor, 1977.

## Política

El franquismo  
y el Estado

El franquismo constituye sin duda una fuente prácticamente inagotable de estudios, científicos o no, y a este respecto bien puede decirse que la notable cantidad de publicaciones de que disponemos ya hoy no es más que un principio, una pequeña muestra.

De entre estas publicaciones merece la pena destacar la obra de J. de Esteban y L. López Guerra, «La crisis del Estado franquista» (1), en la cual el Problema del franquismo se plantea en profundidad y se ofrecen el enfoque y los datos necesarios para ulteriores estudios sobre el tema.

La tesis central del libro es que el problema capital que el franquismo presenta a la sociedad española no es el de la configuración autoritaria del régimen, sino el del raquitismo y subdesarrollo en que ese régimen ha venido manteniendo al Estado. España no sólo ha tenido que soportar un régimen ignominioso y obscuro, sino que, como consecuencia de esa mismo régimen, se encuentra ahora con un aparato estatal incapaz de hacer frente de modo eficaz y racional a las exigencias de una sociedad cada vez más compleja.

El problema del Estado no es, desde luego, fruto exclusivo del franquismo, sino que viene de atrás, de los comienzos del siglo XIX, y obedece a complejas motivaciones situadas en la estructura económica y social de España. Pero el asunto se agrava hasta la frontera de lo intolerable con la instauración y larga permanencia del régimen franquista. Este no es sólo un modo autoritario de gobernar el Estado, sino una auténtica abdicación de la estatalidad. Y no sólo porque el Estado se convierte aquí en asunto privado, y sus servidores en administradores de la finca, sino porque, además, se abandonan campos importantísimos de la vida colectiva en manos de los grupos de poder social y económico. Ahi está nuestra enseñanza para demostrarlo de modo bien descarado. Y ahí está el hecho de que el Estado «nuevo», surgido, se decía, frente al liberalismo «caduco» (el liberalismo siempre es caduco, sin que se sepa bien por qué) y frente a su falta de intervención en la sociedad, ese Estado intervenía mucho menos que el Estado liberal y disponía de menores recursos financieros. El famoso Estado de obras fue, es y seguirá siendo por mucho tiempo uno de los Estados más débiles de Europa. Y lo será mucho más si cae en manos de los que propugnan un Estado «fuerte», porque para ellos fortaleza equivale a desarrollo de las fuerzas de orden público y de represión. Un punto en el que el franquismo ciertamente no dejó vacíos que sea necesario rellenar ahora.

El libro de Jorge de Esteban y Luis López Guerra resulta sumamente interesante no porque la tesis sea nueva, sino porque desarrolla en una visión de conjunto, que abarca prácticamente todos los campos, una idea que hasta ahora se venía formulando en términos generales y más bien por referencia al pasado. Al situar el problema del franquismo en el plano profundo del propio Estado señala también cuáles son las tareas del futuro y cuál es su gravedad: no se trata sólo de desmontar el régimen autoritario, lo que ya sería un pequeña faena, sino que se trata, además, de construir y afianzar las estructuras estatales que la sociedad española necesita inexcusablemente. Una labor como esa requiere la democratización total de la vida política porque sólo mediante la movilización que la democracia supone se pueden remover todos los obstáculos de poder social que se oponen al desarrollo de un poder estatal de reordenación y modernización. Si el Estado español no se modernizó ni se racionalizó se debe precisamente a que esas tareas son impensables sin la democratización del Estado. La etapa tecnocrática, el libro lo indica claramente, fue un sucedáneo de esa transformación del Estado, un intento de llevarla a cabo sin pagar el precio político que la operación requiere. — IGNACIO DE OTTO

(1) Jorge de Esteban y Luis López Guerra, *Colectión Política*. Editorial Labor, Barcelona.